

—según el expositor— saquean e incendian Esmirna y otras ciudades, “la propaganda subversiva trata de achacar esos crímenes al ejército turco de liberación”.

El Tratado de Lausana (Lausanne) soluciona los problemas de la guerra y, por ello —como indica el tratadista diplomático, en este momento, el invocar el de Sevres para reclamar la creación de un Estado Armenio o la de uno Kurdo, en detrimento del territorio nacional turco, sería tan insensato como invocar los acuerdos impuestos por los nazis al gobierno de Vichy, para reivindicar los derechos que supuestamente emanaran de los mismos.

En su parte final, el expositor delata a “algunas potencias imperialistas” como las culpables de que durante el último siglo se hayan provocado subversiones, actos terroristas, represiones y aun sacrificios de víctimas inocentes; crímenes que los directamente afectados suelen atribuirse erróneamente unos a otros, de tal modo que si bien son unos quienes cometen materialmente tales crímenes, son otros —que se ostentan inmaculados— quienes son sus verdaderos autores intelectuales.

Y si bien el caso de los armenios en la Turquía del siglo pasado y en el presente puede parecerle lejano al mexicano de hoy, el sociólogo puede y debe cambiar ciertos nombres, colocar en vez de un tipo de grupo otro y descubrir la semejanza de aquellas situaciones con otras nuestras, con nuestro predicamento actual: el de estos años que posiblemente pasen a la historia como los de “la gran conspiración contra México”.

Oscar Uribe Villegas

Elena E. de Hollenbach: “El parentesco entre los triques de Copala, Oaxaca.” *América Indígena*. xxxv. México, 1973. pp. 167-185.

El parentesco y los términos con que se le designa determinan un espacio social

y un dominio sociolingüístico. Elena E. de Hollenbach estudia los de los mexicanos de Copala, Oaxaca, en lengua trique, y si bien su presentación no parece objetable desde el ángulo de la etnografía más o menos tradicional, es probable que —con todo— los sociólogos y los sociolingüistas deban tratar de orientar ésta y otras presentaciones etnográficas hacia formas expositivas más escuetas; hacia notaciones más compactas, hacia simbologías que —al menos en su inspiración— sean matemáticas.

De la exposición de la autora, se desprende que en el espacio social total (que en el ámbito de las relaciones interhumanas) de Copala, se demarca uno, subtotal, que corresponde a la esfera del parentesco; que entre los parientes, se distingue a los consanguíneos, al cónyuge, a los cónyuges de los consanguíneos, a los consanguíneos del cónyuge, a los parientes rituales y a los parientes por matrimonios secundarios; que, en cuanto a generación, existen los de la generación de ego; los de las previas y los de las posteriores a ego; que se distingue entre los parientes directos y los colaterales; que se reconoce —en las denominaciones— el sexo del pariente y la igualdad o diferencia entre éste y el de ego.

Si bien éstos no son todos los criterios de distinción posibles para los parientes, si son éstos los más frecuentes, y por ello permiten que se les tome como punto de partida para una exploración preliminar sobre cómo se pueden cifrar las relaciones parentales no sólo en Copala, sino en muchas comunidades de dentro y de fuera de México.

A partir del caso concreto estudiado por la señora de Hollenbach, reconocemos una primera distinción simple (pariente-no pariente); una segunda, compleja (consanguíneos, cónyuges, consanguíneos de cónyuge, cónyuges de consanguíneos... parientes rituales...) que encubre varias que deben analizarse en

tres principales: a. consanguíneos, b. afines (con inclusión del cónyuge), c. rituales, una tercera, simple, de dos sentidos (generaciones ascendentes y generaciones descendentes) con grados para cada sentido; una cuarta simple (que distingue a los directos de los colaterales) y permite tanto una distinción de sentidos (materno y paterno) como una graduación a lo largo de cada sentido (primero, segundo, tercero, enésimo grados de colateralidad); una distinción del sexo del pariente (masculino y femenino) y una igualdad (o desigualdad) de sexo entre ego y su pariente que, analíticamente conviene resolver en la distinción del sexo de ego más la distinción del sexo del pariente (leídos conjuntamente los criterios, establecen el complejo igualdad o desigualdad de sexo entre ego y su pariente).

La señora de Hollenbach trató de formular sus parentescos trique, pero, como es frecuente ocurra entre quienes se alejaron pronto de la matemática, ella imaginó fórmulas en las que las distinciones se convierten en siglas o abreviaturas (Es representa esposo; Cn representa consanguíneo, etc.) y no exploró una posibilidad de cifrado auténtico, como el que enseguida vislumbramos.

Si se intenta representar a un pariente mediante un número, se ocurre que conviene destinar un lugar— dentro del número— para cada uno de los criterios reconocidos como discriminantes: el ejemplo; el de las unidades para un criterio; el de las decenas para otro, etc. Como hemos reconocido siete criterios, podría pensarse en un número que llegara a los millones. Sin embargo, esta primera solución no nos resulta tan satisfactoria si consideramos: la jerarquía que deben guardar los criterios entre sí, y el hecho de que mientras unos permiten distinciones polares (particularmente: hombre, mujer), los otros permiten graduaciones (colaterales en primero, segundo, tercero, enésimo grados).

Esto nos hace pensar en la conveniencia de adoptar, para el cifrado, una notación que separe, unos de otros, los criterios polarizantes de los criterios graduatorios. La solución que proponemos *se inspira* en la matemática, y *no se ciñe* rigurosamente a su disciplina. Proponemos, en efecto, manejar *físicamente* la cifra de parentesco *como si* fuera un logaritmo; con su característica y su mantiza (o sea, con una parte entera y otra parte decimal). La parte entera de la cifra parental estaría formada por tantos guarismos como lugares corresponden a los criterios polarizantes, y la parte decimal por tantos otros como criterios correspondan a los criterios graduatorios.

Criterios polarizantes claros hay sólo dos: sexo de ego y sexo del pariente (masculino-femenino, los dos polos, en ambos casos). Hay un tercer criterio, aparentemente polarizante, que no lo es con tanta claridad (pariente-no pariente) ya que si bien no en Copala,\* sí en otras partes, entre el pariente y el no pariente (la “gente aparte” de los tiques) están los amigos, los compañeros, los simples conocidos en diversos grados de cercanía social correspondientes no a una polaridad sino a una graduación. Eliminado ese criterio de entre los polarizantes, y pasado a los graduatorios, quedan dos criterios cifrables para la parte entera: sexo de ego, sexo del pariente. Damos el primer lugar a “sexo de ego”, como referencia privilegiada (“Yo, que soy hombre, digo a x (que tengo que determinar si es hombre o si es mujer) . . .” O sea, que al sexo de ego le da-

\* Nótese la trascendencia que esto puede tener para las relaciones interétnicas entre indígenas y mestizos en la sociedad global mexicana, ya que para un hablante de trique la palabra “amigo” carece de significado o no tiene el que tiene para un hispanoparlante, de tal manera que en ocasiones puede dar lugar a situaciones sociolingüísticas del tipo de: “Cuando oigas la palabra ‘amigo’, ¡saca la pistola!”

mos el lugar de las decenas y al sexo del pariente el de las unidades.

Convertido pariente-no pariente en criterio graduatorio, podemos darle el primer lugar (décimos) después del punto decimal; darle el segundo (centésimos) a consanguinidad, afinidad, ritualidad... dejar el tercero (milésimos) para las distinciones de los afines (quizás también para las que puedan establecerse entre los rituales, etc.); el cuarto (diezmilésimas) para la generación, y el quinto (cienmilésimos) para la colateralidad (nula o no).

En el caso de los criterios polarizantes, se impone una notación binaria y, de inmediato, podría pensarse en asignarle 0 al hombre y 1 a la mujer (o a la inversa); pero, si se piensa más detenidamente, a más de que esta incidencia en lo que Greimas llama "términos marcados" tiene algo de arbitrariedad y un poco de injusticia consuetudinaria, hay que pensar en la conveniencia de que aquí se evoquen términos vectoriales. De este modo, a cada sexo corresponde un sentido: +1 para el masculino; -1 para el femenino.

En el caso de los criterios graduatorios —particularmente si son complejos (o sea si necesitan complementarse con otro criterio, como ocurre con "afinidad" que puede serla del cónyuge, de sus consanguíneos o de los cónyuges de los consanguíneos—, se pueden aceptar distinciones simplemente numeradas, como las siguientes: consanguíneos, 0; afines, 1; rituales, 2... y complementarias con notaciones de otro tipo (la de los criterios simples) a que enseguida nos referimos.

Los criterios graduatorios simples revelan, desde el principio, la utilidad de la inspiración vectorial. Las abreviaturas de la autora —que no distingue entre una graduación generacional relativa referida a un ego que cambia, y otra absoluta, referida al primer hombre, ante-

pasado hipotético de todos los hombres— son susceptibles de mejoramiento. En vez de representar por  $G_1$  las generaciones mediatas anteriores a ego,  $G_2$  a la inmediata anterior,  $G_3$  a la de ego,  $G_4$  a la inmediata posterior y  $G_5$  a las mediatas posteriores, nosotros proponemos que a la generación de ego se la designe por 0; a las anteriores a él, con números negativos y a las posteriores con positivos. En materia de colateralidad, de nuevo (con algún problema que no queremos dejar que interfiera ahora), los parientes directos se representarían por 0, los colaterales por números: positivos, si son por línea paterna; negativos si lo son por la materna (con una alternativa, la de que la línea directa correspondiera no a 0 sino a 1 y a -1, por ejemplo, para hermano por parte de padre sólo, hermano por parte de madre solo, reservando el 0, para el hermano por ambas partes, pero esta alternativa no la hemos examinado detenidamente).

El cifrado, en concreto, presenta una dificultad práctica, que se resolvería, como en la representación logarítmica, haciendo que las cifras negativas aparecieran con el signo menos *SUPRA*-escrito. Pero, hay otra solución, proporcionada por la notación de Colson que consiste en *INVERTIR* las cifras negativas; así:

Hombre: 1 o 1

Colaterales paternos: 1, 2, 3  
o 1, 2, 3

Descendientes: 1, 2, 3  
o 1, 2, 3

Cónyuges del consanguíneo:  
1.2.3  
o 1.2.3

Mujer: 1 o 1

Colaterales maternos: 1, 2, 3  
o 1 2 3

Ascendientes:  $\bar{1}, \bar{2}, \bar{3}$   
I,  $\bar{7}, \bar{8}$

Consanguíneos del cónyuge:  
1, 2, 3  
o I,  $\bar{7}, \bar{8}$

De acuerdo con un cifrado como éste, para fines sociolingüísticos (y probablemente también para los de la etnología comparada, en cuanto para cada sociedad y comunidad hablante habría fórmulas de identificación entre cifras originalmente distintas (primos = hermanos en el sistema hawaiano), por ejemplo:

11.100 o = (en trique de Copala)  
zhii<sup>53</sup>

Esto representaría a un hombre (10) que llama a otro hombre (1), pariente suyo (.1), consanguíneo (.00) sin distinción en materia de consanguinidad (.000), de la generación previa a la suya (.0001) [pariente] directo (.00000), en la lengua trique de la comunidad de Copala, zhii<sup>53</sup>.

En forma parecida, se puede intentar el cifrado de los otros términos de parentesco.

A partir de las cifras, también, se pueden establecer las identificaciones etnológicas (y lingüísticas, para los diccionarios bilingües) que sean pertinentes. Así, si, como en Copala, no se distingue entre el descendiente directo y el colateral, en la segunda generación posterior a la de ego, se puede escribir:

11.10020 = (en Copala) 11.10021  
= (en trique) da'nih<sup>3</sup>zi'no<sup>5</sup>

además, para esa misma lengua y comunidad:

11.10020 = 11.10021  
11.10020 = 11.10020

según las cuales, el mismo término se aplica, en trique de Copala para lo que

en español se llaman "nietos" y "sobrino-nietos" (primera fórmula; sean éstos hombres o sean mujeres (segunda fórmula), y sea que quien los nombre sea del mismo o de diferente sexo que el nombrado (tercera fórmula).

Es obvio que, en el grado en que se sigan explorando formas de representación abreviada o cifrada de vocación analítica, como las de la señora de Hollenbach y la nuestra, se estará ayudando a simplificar las comparaciones en materia sociológica, culturoológica y lingüística y se seguirá avanzando en el estudio de los sistemas de parentesco que parece ser un ámbito restringido —pero privilegiado— de experimentación para la búsqueda de soluciones prácticas del tipo instituido por las interlinguas.

Oscar Uribe Villegas

L. B. Nikolskij: "Prognose und Planung Sprachlicher Entwicklung" *Zur Soziologie der Sprache*. Herausgegeben von Rolf Kjolseth und Fritz Sach. *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*. Herausgegeben von René König. Sonderheft 15. Westdeutscher Verlag. Opladen 1971.

Esta breve exposición de Nikol'skij al Congreso Mundial de Sociología reunido en Varna: 1) presenta las aportaciones que Haugen y Tauli han hecho: a) respecto de la planeación lingüística en Noruega, en Estonia y en otros países, así como b) sus intentos para establecer una "teoría" de la planeación; 2) muestra la profunda raíz filosófico-política que esas aplicaciones sociolingüísticas tienen en una sociedad de inspiración marxista y organización leninista; 3) deja constancia de la forma en que ahí se las practica y 4) señala la importancia que pueden llegar a tener en naciones en lucha